

2º A todo esto es necesario agregar la *falta de didáctica*. En efecto: se citan obras y autores *en el curso de la narración*, cuando en realidad, el autor debió dar al final de los capítulos o de la obra una bibliografía sucinta. La manía de las citas es tal, que en 251 líneas correspondientes a nueve páginas hemos hallado que 114 corresponden a transcripciones de opiniones de Moret, Conlenau, etc.

El relato adolece, además, de falta de claridad; no desearía hallarme en el lugar del alumno que deba leer las páginas 19, 21, 73 y 109.

En resumen: un libro más en el rubro de los que catalogamos como *malos*. Esto es todo.

Ricardo R. Caillet Bois.

+ *Rosas y Lavalle*, por JULIO A. COSTA. Buenos Aires, 1926.

Ha imperado siempre, en nuestro país, una tendencia funesta de escribir trabajos históricos, aunque se careciera de conocimientos suficientes, de vocación y también de las aptitudes necesarias.

Es que aquí, más que en otras partes del continente, como en Chile y en el Brasil, la historia ha sido considerada como un género literario. De esa manera no debe parecer extraño que los literatos se hayan tentado de penetrar en el campo de la historia, escalando sin temor alguno el cercado que los retenía entre las bellas letras, y que los periodistas en su afán enciclopédico hayan seguido tras de ellos por la brecha dejada por los mismos; pero, debemos agregar que no han sido ellos los únicos pecadores; abogados, médicos, ingenieros y hasta agrónomos, se han creído, por sus propios estudios relativos a sus especialidades respectivas, con suficiencia bastante para seguir las huellas de aquéllos. Los trabajos de estos aficionados no constituyen sólo un peligro, bajo el punto de vista de la presentación de los mismos sino también por las aseveraciones aventuradas y las inexactitudes del contenido de sus producciones.

Ese diletantismo, que resurge hoy con vigor, habiase apagado un tiempo atrás, gracias a la férula de la crítica manejada por elementos jóvenes, en un momento especial por el que pasó nuestro país y durante el cual se efectuó una revisión de nuestros valores intelectuales, que luego significó casi una renovación total de los mismos.

Así, como se debió tolerar el diletantismo en tiempos pasados, que si se me permite el término, podríamos llamar la época heroica de la ciencia argentina,

hoy no puede, ni debe aceptarle, dado el intercambio sufrido por nuestro país, cuyo balance puede cerrarse con un ganancioso haber para el mismo. Entonces se desconocían los métodos europeos y la literatura científica argentina se hallaba en pañales; por lo tanto no deben hoy imitarse a aquéllos, pues puede llegarse a resultados inferiores a lo que consideramos anticuado. Además, no debemos olvidar que en la actualidad el país cuenta con laboratorios e intuitos científicos, que han generalizado los nuevos métodos para elaborar y resolver los problemas que se presentan a diario.

Las producciones a que nos referimos, vistas en los ambientes de cultura del Viejo Mundo, ocasionan el menosprecio de toda la producción americana y hacen que el nombre del continente equivalga a una palabra desdeñosa, que pronunciada en inglés cobra aún mayor significado. Pero lo curioso es que muchas de estas obras, muy de « South America » suelen conmover, a veces, a nuestros diarios, cuyos críticos tórnanse sumamente amables con ellas, de acuerdo con el paralelismo intelectual que existe entre el autor y el crítico; de esa manera se desprecian los libros, cuyo aparato erudito podrían atormentarles el cerebro, lo cual se debe a que en el diapasón — si se me permite el término — las vibraciones intelectuales disuenan notablemente produciendo gran desarmonía.

Es incuestionable que la cultura superior, no ha podido avasallar estas orientaciones que, más bien podrían llamarse desviaciones que existen en el espíritu frívolo del país, quizá más que nada porque aun quedan representantes de esa tendencia, que combatimos en las mismas casas de estudio, en las cuales se está tratando de encauzar a la juventud argentina. Generalmente, esos profesores son de otros tiempos; de aquellos en que todo se apreciaba como una epopeya y se narraba con énfasis, apreciando únicamente a la historia bajo el punto de vista biográfico; de esa manera pasan el tiempo de clase con frases retóricas, se admiran, se preguntan y se responden, cultivando de una manera peregrina el floripondio. Recuerdan el árbol genealógico del personaje que estudian, a quien tienen por obligación que admirar física y espiritualmente y de esa manera el ciclo de sus conferencias se convierte en la vida, pasión y muerte de un fulano de otrora. Con ese espíritu aparentemente ingenuo y pastoral se encubre la ignorancia, dejándose a un lado al alumnado, que no sabrá luego a qué atenerse ante la vacilante y enojosa encrucijada que se les presentará ante sus ojos, conduciéndolos por un atajo hacia los estudios serios, pero a veces áridos y molestos, y por otro hacia esa manera rara y fácil de apreciar lo histórico. Se preguntarán, posiblemente, ¿en qué quedamos? Se nos ha dicho que jamás debemos subordinar los hechos históricos a un personaje y aquí se nos

viene a enseñar una época a través de la figura de un individuo que ni siquiera fué un actor principal, en los momentos más culminantes de su vida. ¿Donde estará — agregarán — el factor local y en dónde se efectúa esa comparación con la historia universal? ¿Y aquéllo que tanto se nos ha repetido y que se denominaba tiempo y espacio? Como resultado de todo esto se truncan vocaciones y se perjudica a la juventud con pésimas orientaciones.

El libro cuyo título anunciamos en la cabecera de este artículo es un producto de puro diletantismo, y sin menoscabo alguno de la verdad cabe tomarlo como arquetipo de esa orientación que hemos criticado.

*Rosas y Lavalle* no es más que un primer tomo de un plan más vasto, que se desarrollará en otros tres libros que se denominarán *Urquiza y Rosas*, *Mitre y Alsina* y *Roca y Tejedor*. Además fuera de este plan se proyectan otros que se intitularán *Hojas de mi diario*, *Daguerrotipos* y otro que constituirá una recopilación de su obra política. Como habrá podido observarse, el señor Costa, nos amenaza, nada menos, que con la publicación de sus obras completas, las cuales esperamos que no llevarán una carátula tan de acuerdo con el contenido de las mismas, pues sabrá el lector que *Rosas y Lavalle*, lleva una sumamente simbólica: el desierto.

*Rosas y Lavalle* forma un conglomerado de ochenta y un artículos, que encierran el amplio período que va desde las invasiones inglesas hasta Caaguazú. Dado lo profuso de los temas nos limitaremos a estudiar en particular sólo algunos artículos, pero agregando de una manera general que el señor Costa no merece siquiera considerársele como un divulgador, pues narra los sucesos con una inexactitud verdaderamente encantadora, pero no nos apresuremos, detengámonos ante un conjunto de siete artículos que tratan de las invasiones inglesas, cuyos títulos son los siguientes: *La aurora de la emancipación*, *Un episodio*, *Conquistadores conquistados*, *La conspiración*, *Idilio interrumpido*, *La reconquista*, y *Gloria y bodas*.

En el capítulo *La aurora de la emancipación* se sostiene que las tropas inglesas que invadieron Buenos Aires eran de las mejores tropas de Inglaterra que habían contenido a Bonaparte en San Juan de Acre (1). Este dilate tiene su origen en López, una de las fuentes en que más abrevan los aficionados a lo histórico; es bien sabido que en San Juan de Acre no se encontraron tropas británicas; sólo alguna parte de las tripulaciones de los navíos ingleses de Sidney Smith contribuyeron a la defensa. Fueron las tropas turcas, comandadas

(1) Cfr. JULIO A. COSTA, *Rosas y Lavalle*, página 16. Buenos Aires, 1926.

por Phelippeaux, las que contuvieron a Napoleón. El señor Costa no nos informa nada sobre el encuentro de Quilmes, anterior al de Puente de Gálvez y con un desconocimiento verdaderamente increíble del asunto nos habla de la resistencia que tuvo que vencer Berresford hasta llegar a la fortaleza; lo cual es inexacto pues el inglés llegó a la misma en orden desplegado y con toda tranquilidad ocupó la ciudad, rechazando la capitulación que se le ofrecía. Por lo tanto no ocurrió nada de lo que transcribimos a continuación: « En su desesperación, el vecindario sorprendido y entregado hacia a los asaltantes algunos disparos de armas de fuego y les tiraba con todo lo que tenía a la mano, presentándose inermes pero enardecidos ante la fusilería y la metralla, hasta los ancianos, las mujeres y los niños del pueblo que pronto había de hacer la reconquista y rendía en ciegos y sangrientos combates a doce mil veteranos ingleses. Así con las uñas y los dientes, consiguieron ese día hacerles algunas bajas » (1).

Por lo antedicho, el inconcebible capítulo, *Un episodio*, novelesco en demasía hasta rayar en lo inverosímil, no merece tenerse en cuenta ya que el mismo está basado en la hipotética resistencia opuesta al invasor. Pero permitásenos señalar que el episodio del negro y su duelo con el inglés es tristemente risueño.

*Conquistadores conquistados* se intitula el capítulo que se refiere más que otra cosa a los coloquios de amor de algunos oficiales ingleses, con porteñas de viejo cuño: pero se aporta una referencia a la proclama de Berresford garantizando las vidas, religión, propiedades, etc., de la población, concentrando en un párrafo la opinión del dueño de casa: « nosotros somos criollos y súbitos por ahora del rey de España. Ya veremos qué dicen los del Cabildo y los muchachos. Los del Cabildo eran, Alzaga, Villota, Villanueva, y los otros, los muchachos eran, Saavedra, Viamonte, Pedro Andrés García, Martín Rodríguez, Pueyrredón, etc. » (2). Los del Cabildo no eran Alzaga y Villanueva sino Lezica y Sáenz Valiente; éstos fueron substituidos por aquellos, días después, por la impopularidad que les produjo a ambos el haber firmado las condiciones impuestas por Berresford. En cuanto a Villota, podemos asegurar que no formaba parte del Cabildo, pues era fiscal de la Audiencia:

En el cuarto capítulo *La conspiración*, se narra el episodio de la misma sin mayor aporte a lo que ya conocemos.

En el quinto, *Idilio interrumpido*, se refiere al retorno de los ingleses al fuerte restablecidos de las heridas, que como hemos asegurado, no habían podido

(1) Cfr. COSTA, *op. cit.*, páginas 17 y 18.

(2) Cfr. COSTA, *op. cit.*, página 24.

recibir. Pero lo sabroso del capítulo radica en el esclavo Braulio, a quien el señor Costa le hace vestir el uniforme de sargento de Pardos y Morenos, regimiento que en aquel momento aun no había sido creado. Me habría sido muy grato saber en qué documento se basa el señor Costa, para sostener que los Pardos y Morenos llevaban alamares, pues me precio de poseer la mejor y más completa iconografía de la época, de los uniformes, de los batallones y regimientos creados a raíz de la reconquista y confieso que el modelo que suministra de « pardo » y el de « moreno » no señala nada de alamares (1).

El sexto capítulo se intitula *La reconquista*, y el séptimo *Gloria y bodas*; en ambos se resumen respectivamente la Reconquista y la Defensa, intercalando la figura del negro Braulio.

Como podrá apreciarse, el libro del señor Costa necesitaría una larga fe de erratas como apéndice, pero creo que lo que antecede basta para que el lector pueda formarse un criterio sobre dicha producción.

Juan Canter.

*Aldea española*, de FERNÁNDEZ MORENO. Buenos Aires, 1925.

Si el erudito escritor don Enrique Mendez Calzada no hubiera dicho, a propósito de Fernández Moreno (2), que « significa el repudio del culto servil a las viejas formas poéticas que torturan, esclavizan y anquilosan la idea, significa el advenimiento de un culto nuevo que es el de la sencillez en la expresión, significa, en una palabra, la guerra al rípio y al lugar común » esta crónica no hubiera sido escrita.

Sospechamos que el señor Calzada no ha encontrado elogio en su imaginación fecunda, sin sentir el deseo de endilgarlo al poeta porteño. No es que dudemos de las singulares dotes, del talento y del amor filial del señor Fernández Moreno, sino que nuestros ojos no pueden ver en él ni un *movimiento contra el rípio y el lugar común*, ni un revolucionario de la forma, ni un temible enemigo de la vulgaridad en las ideas.

Fernández Moreno da la impresión permanente de una gran promesa lírica, parece que preparara de continuo las alas para un largo vuelo, que no rea-

(1) El presente documento que obra en mi poder, lleva el siguiente título: *Plan que demuestra los tercios voluntarios así de caballería como de infantería que se han uniformado a costa del público para defensa del rey y de la patria.*

(2) *Nosotros*, página 298, julio de 1926.